

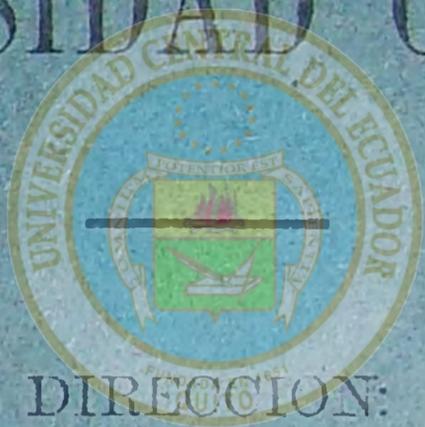
REPUBLICA DEL ECUADOR

Tomo XXXVI. -- N° 256
Abril-Junio de 1926

ANALES

DE LA

UNIVERSIDAD CENTRAL



DIRECCION:

ÁREA HISTÓRICA

Sr. Dr. Alberto Larrea Ch.,

por la Facultad de Jurisprudencia.

Sr. Dr. Aurelio Mosquera N.,

por la Facultad de Medicina.

Sr. Dn. Luis G. Tusiño,

por la Facultad de Ciencias.

Sr. Dr. Catón Cárdenas,

Secretario General.

* * *

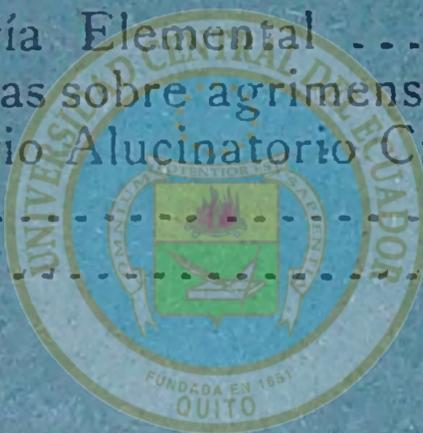
QUITO

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

1926

SUMARIO

	Págs.
× <i>M. C. de Vaca.</i> —El espíritu de un pueblo.....	201
× <i>C. Velasco M.</i> —Observaciones sobre erisipela.....	210
× <i>Luis G. Tufiño.</i> —Lo que simbolizan las Pirámides de Ca raburo y Oyambaro.....	215
× <i>Angel M. Paredes.</i> —Estudios de Derecho Internacional Público	228
× <i>Carlos G. López.</i> —Estudio de la fórmula principal para el cálculo de vigas compuestas metálicas.....	251
× <i>Eduardo Riofrío V.</i> —El Problema Monetario y el Proble- ma Fiscal en el Ecuador.....	258
× <i>G. Martínez B.</i> —Carta al 100.000° de la región interan- dina septentrional de la República del Ecuador....	330
× <i>Francisco Donoso R.</i> —Las irritaciones gíngivo-dentarias y sus repercusiones.....	338
× <i>Hugo Borja.</i> —Zoología Elemental	348
× <i>G. Salvador T.</i> —Notas sobre agrimensura de terrenos....	366
× <i>Julio Endara.</i> —Delirio Alucinatorio Crónico en un esqui- zoide.....	370
Vida universitaria.....	380



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

LOS ANALES DE LA UNIVERSIDAD

se canjea con toda clase de publicaciones científicas y literarias. También se canjea colecciones de éstas, con colecciones de los Anales.

Toda correspondencia relativa a los Anales debe dirigirse al Secretario de la Universidad.—(Apartado de correos N° 166.)

ANALES

DE LA

UNIVERSIDAD CENTRAL

Tomo XXXVI |

Abril-Junio de 1926

| Nº 256

X EL ESPIRITU DE UN PUEBLO

M. Cabeza de Vaca

Las instituciones tienen un espíritu, y este espíritu es el de la sociedad en donde nacen. Si buscamos no una descripción exterior y formal de un sistema sino el darnos cuenta de su significado íntimo, preciso es conocer los remotos orígenes de donde dimana y en cuyas fuentes bebió la savia que lo ha hecho desarrollarse.

En los fenómenos ora políticos, ya sociales, morales y religiosos hay una lógica interna, tan real como la lógica intelectual que preside nuestros razonamientos. El análisis pone a descubierto la trabazón oculta de los hechos, nos da idea del ambiente que los envuelve y los enriquece con sus componentes, como los varios elementos que dan respiración a nuestros pulmones y hacen circular nuestra sangre.

A más de los elementos externos que forman, dirémoslo así, la corteza de la Civilización hay un factor psicológico que hace de la historia un drama lleno de vida y emociones. Suprimido este elemento invisible, la historia sería un mero conjunto de cifras y cartogramas estadísticos, pero no nos daría el concepto real de toda la obra de cultura que ha venido cumpliéndose, segura aunque paulatinamente, desde el hombre de las cavernas hasta el hombre civilizado.

Precisa, antes de pasar adelante, determinar qué es lo que entendemos por este factor psicológico que creemos descubrir en la civilización. Diríase que esta es la obra de unos pocos espíritus privilegiados en quienes la fuerza creadora desbórdase para encarnarse en obras permanentes que llevan su efigie triunfal. El Gobierno, aún en las democracias más avanzadas de que da cuenta la historia, preséntase como la obra de unos pocos: las democracias griegas no comprendieron bajo el título de ciudadano a todos los habitantes; excluyeron al esclavo, al liberto, al extranjero: era excluído aún el griego nacido en la ciudad, pero cuyos padres habíanse hallado por entonces ocho o diez millas fuera de sus límites. Además, el ciudadano debía ser propietario, es decir, debía tener un pedazo de tierra, que por entonces era la forma de propiedad más desarrollada. Nuestra idea moderna de la universalidad de la ciudadanía, habría chocado profundamente a un político del tiempo de Pericles.

Y esto que se observa en las más altas manifestaciones de la cultura clásica, repítase en faces sucesivas del desenvolvimiento histórico; donde quiera que nos sea dable observar el crecimiento de naciones y colectividades políticas.

Las multitudes no crean sino destruyen, dice el autor de la psicología de las razas. Y, en verdad, cuando se invierten los papeles de la ordenación social, y lo que debe ser el resultado de la acción meditada y consciente de un Gobierno se traslada a la jurisdicción de grupos amorfos e irresponsables, vemos que es imposible el florecimiento de una obra duradera; el edificio social vacila: el progreso se estanca, y aún sacrifica parte de sus conquistas.

Mas en la Civilización hay una parte consciente y artística, que ostenta todo el esfuerzo metódico de la inteligencia en sus más nítidos perfeccionamientos, y una parte subconsciente que se infiltra, se esparce y se diluye por lo más recóndito de su inmenso organismo: oscura y profunda es esta parte, insondable como el misterio mismo de la vida. Sentimos su influencia cuando nos asomamos a lo más íntimo de nuestro ser y oímos un rumor

confuso como el de mil generaciones que hubiesen muerto solo para nuestros sentidos de observación inmediata, y continuasen moviéndose realmente, trabajando como cíclopes en las entrañas de lo desconocido. En veces esa gran fuerza subterránea muéstrase a la superficie, y se desata impetuosa, tronchando cuanto se halla a su paso, como para dejar virgen de maleza un campo donde se cimente una nueva organización social, un nuevo sistema de Gobierno, o se abra un nuevo rumbo para nuestra marcha. Son los grandes cataclismos SOCIALES en los que sus autores muévense fatalmente, impulsados por una fuerza superior a sí mismos, y, como los héroes de las tragedias griegas, coadyuvan mal de su grado al desenlace escrito de antemano por el destino inescrutable.

La psicología contemporánea pone de relieve esta verdad: la vida consciente, iluminada por la reflexión, dirigida por la inteligencia no constituye sino una parte y talvez muy pequeña de la vida espiritual. Nuestra conducta se forma por una serie de actos, en muchos de los cuales no entran como componentes la deliberación y el raciocinio: sus motivos son de los que podríamos llamarlos orgánicos, en el sentido de que se confunden con nuestra sustancia, tal como ha ido constituyéndose por las influencias hereditarias, la acción del medio, los hábitos formados en el transcurso del tiempo. Esta vida subconsciente nos ofrece lo que hay de más común en los grupos humanos; es más uniforme que la vida consciente, pues en ésta se apuntan, se acentúan y se desarrollan todas las diferencias que colocan a cada persona en una categoría original. Es en aquella región arcana donde se elabora la nacionalidad, y es allí donde deberíamos tratar de sorprender el espíritu del pueblo, como principio de unidad y de síntesis, que mantiene en relación de armónica dependencia las energías de que dispone.

No quiere esto decir que los pueblos no difieran entre sí por las más altas manifestaciones de la inteligencia. Se habla, con propiedad, de los caracteres distintivos de la filosofía alemana en contraposición a los de la filosofía inglesa, de los rasgos fundamentales de la Civilización española, principalmente en los tiempos de su mayor

apogeo y de los de la cultura francesa. Hay países que han mostrado una vocación especial para las ciencias físicas y naturales; otros para los inventos mecánicos; éstos para la filosofía y la metafísica; aquéllos para el arte. Estas diferencias en la vida espiritual son el resultado de causas más hondas que en el transcurso del tiempo contribuyen a señalar a cada pueblo su dirección original; son un producto elaborado que a su vez se convierte en causa determinante y explicativa de los fenómenos futuros.

Después de haber definido — aunque de manera bastante imprecisa — el contenido de nuestro problema; después de haber distinguido el campo de lo consciente de el de lo subconsciente, urge resolver esta cuestión: ¿Cabe hablar de la psicología del pueblo americano, siendo como lo es un pueblo joven y compuesto de distintas razas? El individuo, como avanza hacia la vida, define mejor su personalidad; sus caracteres propios se acentúan, y merced a ellos, puede distinguírsele entre la variedad de sus semejantes. En todo orden de ideas, los comienzos son indecisos y borrosos: el niño, a su nacimiento, no ostenta una mente individualizada; es solo una muestra, una hoja suelta del gran libro de la raza. Su individualidad la desenvuelve con las experiencias que se acumulan y con la educación que se recibe. En lo literario, en lo artístico, en lo científico adquirimos un patrimonio que puede ser considerado como nuestro solo en virtud de intensa labor, y cuando en esa fragua llegaron — si alguna vez llegan — a transformarse en parte de nuestra sustancia los materiales que nos ofrece el medio circundante. Así mismo, si decimos, los pueblos no tienen una alma; no les es dable surgir con los distintivos inconfundibles de la personalidad en el campo de la historia sino cuando han asimilado de un modo efectivo los elementos que intervienen en su evolución social y política.

Pero qué se entiende por un pueblo joven? Porque para contestar a esta pregunta valdría insinuar que no debe tomarse en cuenta, como criterio exclusivo las fronteras políticas que lo definen, o el escenario geográfico en que actúa. Si mañana, por ejemplo, en fuerza de las

complicaciones de la política europea, se rompiese en fragmentos la unidad del Imperio Alemán o de la República Francesa. no sería propio afirmar, desde el punto de vista psicológico-histórico que los nuevos estados surgidos del disgregamiento, iban a hallarse constituidos por pueblos jóvenes, llamados a recorrer todas las faces de la evolución social y a duplicar en un proceso similar la gestación de la patria donde se desprendieron.

Los Estados Unidos constituyen ante todo una rama de la Civilización Anglo-Sajona. Como la Gran Bretaña ha perfeccionado en Europa la Institución Monárquica, renovándola y rejuveneciéndola constantemente, a fin de ponerla en armonía con las nuevas condiciones de la vida moderna, con el progreso de las ideas morales y sociales; así en el Nuevo Mundo, los Estados Unidos han tenido por misión realizar el más grande experimento en el cultivo y desarrollo de la democracia, quedando al porvenir el resolver hasta qué punto sus esfuerzos han sido coronados por el éxito. Pero monárquica o republicana, estas dos manifestaciones del genio Anglo-Sajón, tienen una raíz común en el pasado y un patrimonio común de ideas e instituciones sociales: es instructivo anotar el hecho, por ejemplo, de que aún hoy día, y en Estados tan nuevos como en California se aplican, bajo el nombre de "Common Law", leyes y precedentes del Reino Unido, en la jurisdicción que se llama la equidad. Así pues sólo con muchas salvedades, puede aceptarse la idea de que los Estados Unidos, constituyen un pueblo joven, en el significado inmediato de esta palabra. Aceptarla en lo absoluto, sería dar importancia exclusiva al elemento estructural, de organización externa sobre factores íntimos y permanentes a que las estructuras políticas sirven de protección y vestidura.

La juventud de un pueblo es un problema de psicología nacional. Trasladándola a otro terreno, la metáfora es peligrosa y puede conducirnos a conclusiones pseudo-científicas. Cronológicamente, los Estados Unidos han venido después de la Gran Bretaña; pero resta averiguar si por este sólo hecho ostentan las características de la juventud, o si por el contrario reproducen los ras-

gos de las viejas civilizaciones. Me inclino a pensar que ostentan muchas de las cualidades de la edad madura. La vida nacional desenvuélvese metódica y tranquilamente, como la del hombre que salió las lindes de la primera juventud, atesora un caudal de experiencia en sus recuerdos; conoce los peligros que se deben evitar; desconfía de los impulsos vehementes que en los primeros años de la vida obscurecen el criterio y nos llevan a resoluciones inexplicables. En su política interna y externa, son una nación que se coloca por encima de los apasionamientos del momento, vigila el porvenir, razona y obra o deja de obrar según sus intereses esenciales. . . o parece que en esto se aparta en mucho de los caminos trazados por la política europea.

Y en cuanto a la influencia desconcertante de la multiplicidad de razas como fuerza perturbadora en el desarrollo de esta Civilización, no tiene el alcance que a primera vista parece. Los Estados Unidos, bajo muchos puntos de vista, constituyen un pueblo homogéneo. Todos los observadores han señalado este carácter, desde antes de la guerra de la Independencia. Tocqueville, llega a decir que los habitantes que residen en las extremidades de este inmenso territorio son más semejantes entre sí de lo que lo son un bretón y un normando, dentro de la supuesta uniformidad de Francia.

Las diversas nacionalidades que llegan en la corriente inmigratoria del viejo mundo, tienen entre sí muchos puntos de contacto y muchas analogías esenciales: el italiano, el francés, el español, el alemán pertenecen a lo que se llama la civilización occidental. Una común aunque lejana atmósfera espiritual los envuelve, a cuyo favor las diferencias que los separan se funden en una armonía superior de ideales y aspiraciones. El territorio los hace suyos: los remodela imprimiéndoles aquel sello de uniformidad que reproduce la imagen del conjunto. El inmigrante al cabo de cierto tiempo, se incorpora a la nueva patria; adopta sus costumbres, sus procedimientos de negocios, sus formas de sociabilidad y convivencia, no siendo raro el caso de que ostenten, y a veces con tintes recargados, bien por imitación inconsciente, o por asimi-

lación sincera muchos de los rasgos que se consideran propios del americano puro. Esto ha sido doblemente cierto en los comienzos de la nacionalidad, cuando los núcleos étnicos que se engrosaban por el concurso inmigratorio estaban constituidos por los elementos anglosajones de las colonias primitivas. Más tarde la inmigración se diversifica y sigue la ruta indicada por los núcleos étnicos de vario origen esparcidos en el Continente, núcleos que sirven de centros de atracción a los inmigrantes de la misma patria y de la misma lengua. Ello contribuirá en verdad a mantener vivo el recuerdo del país de origen, debilitando en la misma medida su compenetración con la sociedad nueva. Oscilante entre dos patriotismos, el que recibió con su remota ascendencia y el que lo adquirió por el vaivén de la vida y el oleaje de las constancias, habrá en su espíritu algo de incierto e indefinible; un sentimiento de vinculación hacia el territorio más bien moral y abstracto que producido por paulatino crecimiento; un patriotismo distinto del que germina en una nación que se nutre de su propia sangre, tiene una lejana y oscura raigambre en el pasado y escucha la tradición silenciosa de los siglos en la leyenda familiar, en la religión que se recibe y se trasmite, en el canto de sus poetas y en el sueño de sus artistas.

Esta homogeneidad que se observa en los Estados Unidos, refiérese desde luego a la población blanca.

No puede hacerse la misma afirmación respecto de las otras razas: aquí las líneas de separación son marcadas: las distancias se mantienen con absoluta rigidez. Prueba de ello son las leyes que existen en la mayor parte de los Estados, prohibiendo los matrimonios entre personas que pertenecen a razas que se les considera inasimilables. Dicha legislación parte del supuesto de la disimilitud originaria, que se perpetúa heridariamente, entre la raza blanca, de un lado, y la negra y amarilla de otro. Estratifica el concepto de castas en el organismo social, engendrando odios y antagonismos que constituyen uno de los más arduos problemas de la Civilización Americana.

Cómo puede conciliarse tal estado de cosas con el espíritu democrático? La única respuesta posible es la de que el concepto democrático, tal como allí se entiende y aplica, va vinculado al de la unidad racial de los habitantes, no absoluta, porque ésto habría sido imposible a todas luces, dada la multiplicidad étnica sobre que se levanta el actual edificio político, por lo menos la unidad relativa.

Guiándose por este principio se llega a la conclusión de que la democracia verdadera no puede coexistir con grupos a los cuales la opinión de la mayoría del país considera como inasimilables, y llevando a su límite extremo las consecuencias de este principio se viene en afirmar por autorizados representantes del pensamiento nacional que una vez que el proceso evolutivo requiere la subordinación de los grupos inferiores, no puede censurarse a una raza que se define a sí misma como superior porque adopte las medidas que tienden a conservar la pureza de la sangre.

Para nosotros los herederos de la cultura hispana, este lenguaje es enigmático. De seguro se nos llamará idealizadores y teorizantes cuando nos ven empeñados en afirmar el concepto democrático por encima de todo prejuicio de raza y de casta. Si en algunos de nuestros países este empeño no se ha incorporado todavía en una obra estable y duradera, quién será osado en afirmar que estos afanes no fructificarán mañana? Si la organización de algunos de nuestros Estados, por lo mismo que tiende a buscar una síntesis más completa, un equilibrio jurídico entre los grupos humanos que viven en el mismo territorio, se muestra, por este mismo hecho imperfecta, a veces contradictoria en sus resultados, nadie puede discutir el que lleva en su seno un espíritu de justicia que descenderá sobre las generaciones futuras como fuego divino que destruye los prejuicios y eleva y hace surgir de sus cenizas el amor universal.

Como la fusión de diversas razas es un fenómeno que requiere el transcurso de muchas generaciones, infiérese que en toda generalización relativa a los Estados Unidos hay que dejar fuera, una gran parte de la pobla-

ción. Los rasgos característicos nacionales han sido recibidos de la raza numericamente más poderosa. Los Norte-Americanos son los ingleses del Nuevo Mundo, como los Sud-Americanos somos los españoles de este continente. Mientras más se ahonda en el alma humana, se descubren mayor número de analogías esenciales, y ello es mucho más cierto cuando nos referimos a individuos que pertenecen a la misma rama o familia de naciones. Las diferencias que van separándolas poco a poco, provienen del medio en que los hombres despliegan su actividad. El inglés piensa que hay un abismo entre él y el Norte-Americano, y éste piensa del mismo modo cuando se compara con aquél; pero un observador imparcial encuentra en ellos muchos puntos de semejanza. Antes se hablaba de que la libra esterlina era el Dios de los Ingleses, y hoy, insinuando la misma idea, y con igual injusticia, se habla del dólar todo poderoso, lo cual prueba que vistas de afuera las características de estas dos naciones, nos afectan de modo análogo, nos suscitan los mismos juicios, estimulan en nosotros idénticas corrientes de pensamiento y aún nos hacen cometer los mismos errores de apreciación.

Las diferencias son, como las que existen en el lenguaje, observables, pero no al extremo de constituir un idioma distinto.

M. C. DE VACA,

Profesor de Filosofía e Historia del Derecho

(Continuará)